

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

RAICES DE LA NOVELA
AMERICANA DE HOY

SOBRETIRO DE LA
MEMORIA DEL SEGUNDO CONGRESO INTERNACIONAL
DE CATEDRATICOS DE LITERATURA IBEROAMERICANA
LOS ANGELES, CALIF. 1940

Raíces de la Novela Americana de Hoy

Conocido escritor y crítico peruano publicó en Chile un libro de título sugestivo: *América: Novela sin novelistas*. El autor no ha de asustarnos, porque no se encarniza contra los novelistas, que los hay magníficos en este fecundo y vasto continente. Lo que quiere es que se fundamente la novelística americana, que del rico material florezca, en los jardines de la realidad, la rosa roja de esta tierra, sin trasplante ni injerto alguno. Aspira a que el novelista tome en el Nuevo Mundo los elementos que se le ofrecen, y tiene mucha razón.

He recordado de paso a Luis Alberto Sánchez al bosquejar las raíces de la novela americana de hoy. Aventurado es citar las muchas y nuevas novelas que he leído de todas las repúblicas americanas, de unas con más fervor y abundancia que otras. Tengo miedo de que falte en el catálogo alguna, lo que, siendo muy humano, resiente. La lista, además, sería fatigosa. Especialmente tratándose de los modernos, resulta vidrioso invocar a los que viven aún y trabajan. El olvido de uno siquiera sería pecado sin absolución.

La novela, según en otro lugar demostré, nos vino principalmente de España. Se aclimató en América la picaresca. No desconozco que ahora la influencia en muchos espíritus sea rusa. De otras naciones se ha tomado también mucho; por ejemplo, de Francia.

La cantera americana casi está intacta. Los buenos novelistas han copiado nuestra naturaleza, han desarrollado los más variados temas dentro del marco que diríamos del paisaje y la vegetación americanos. Han descrito sus campos, aldeas y ciudades; las costumbres de los labriegos y de los urbanos, lo mismo del charro mexicano que del ras-

tacuerdo argentino, del montuvio del litoral ecuatoriano que del pije o señorito chileno, del pelucón y del roto.

Al período romántico que engendró amores puros y paradisíacos, idilios de estudiantes, azucenas pasionales que caen tempranamente tronchadas en la tumba, sucedió la época naturalista, con todas sus crudezas, de las que abusaron, en el anhelo muy explicable de fotografiar el medio ambiente.

La novela se demoró en pintar al siervo de la gleba y le presentó como explotado y mártir de las fatigas campestres. El negro subió también al escenario: sus esfuerzos, sus duras faenas fueron puestas ante los ojos admirados del lector que entraba en un mundo nuevo, por más que conociera la literatura negroide y la poesía afrocubana.

El indio proporcionó argumento para numerosas novelas, entre las que sobresalen algunas, por su colorido, por el afán de transformar al dueño de estos inmensos dominios, al pobre ser, de misérrima condición, siempre explotado y oprimido, que por siglos ha vegetado al margen de la civilización, ajeno a las más sencillas aspiraciones, sin esperanza en sombra de resurgimiento moral y físico. Se talló una como epopeya de este vencido monarca, más propicia a la venganza rehabilitadora, a la santa indignación que a las lágrimas.

El indio, con su burdo lenguaje y sus hábitos opacos, ha permanecido en la palestra. En la novela se ha aguzado el arma para la reparación social del indio.

En esta corriente, plausible en el fondo, entró también no poco de la moda que acentuó la importancia capital del tema que fué a tratarse, con sus complejos problemas, cada cual de distintas fases, en los pueblos de América, en congresos consagrados al indio. De México principalmente llegó el grito rebelde.

Escasas son las novelas históricas, no obstante la riqueza de los asuntos que a lo largo de la cordillera andina pudieran aprovecharse, con el imperio de déspotas y dictadores, con los pintorescos sucesos y las tragedias que parecen inverosímiles. Con todo, se registran algunas muy apreciables, de argumento netamente histórico o de inserción de episodios evidentes. También se ha ensayado la biografía novelada en nuestros días. Algunas vidas pintorescas, algunos actos grotescos de tiranos o de figurones ignorantes tienen el sabor de la novela de aventuras que limita con lo fantástico. La novela de hoy tiene carácter social:

se está labrando el relato con cinceles proletarios; se tallan esculturas y protagonistas con escoplos arrancados de talleres humildes; se apuntan conflictos, se condenan injusticias, se ahondan las diferencias de clases, entrando a la vivienda triste y oscura, a la oficina del empleado mal retribuido, al campo elegante del funcionario que consiguió su cargo mediante pésimas artes. Se recorren los hogares de la clase media y se asciende a las viviendas aristocráticas para establecer antítesis. Puliendo la sistematización, confirma que un soplo regenerador trata de vivificar los cuadros desconcertantes, siquiera por la protesta que asoma a los labios. De la madera del obrero, a veces con crueles hachazos, se ha intentado esculpir un Cristo moderno, blanco de inconfesadas necesidades, sacrificios estériles y explotaciones vergonzosas. Laudable es que se promulguen los derechos del trabajador, que por la exhibición franca se reformen sus tugurios, que se los ventilen y alumbrén, que se pida pan en abundancia para los indigentes, que se saque al artesano, al asalariado, al peón, de su aflictiva situación, que se racionalicen los hábitos higiénicos, que se les redima de la ignorancia, de la superstición, del fanatismo.

Los contrastes han sido terribles; pero en las téticas pinceladas ha entrado abundante imaginación para recargar las imágenes.

No es América una cárcel estrecha, ni el ejército de desocupados llega a la desesperación numérica. Con menos vagancia, con un poquillo de iniciativa, con un corte enérgico a la empleomanía, la enfermedad económica se iría curando radicalmente. Sin dogmatizar, la novela americana guarda un fondo educador en este punto social. Ha de anotarse imparcialmente que los derechos obreros invocados a gritos no están reforzados por la voz de los deberes, en ejemplos heroicos, por más que broten de la novela. Así se haría conciencia americana, más por medio del combate a los vicios, que con el descarnado dibujo de morbos y monstruosidades. El obrero necesita rectificar su conducta, librarse del alcohol, formar su contextura moral, elevar su ética. La novela de este género cumpliría su misión proporcionando casos edificantes, junto a los desastres puestos ya de relieve.

No gusto de las parrafadas moralistas en el texto, ni de los sermones transcritos en esas obras al fin y al cabo recreativas: me refiero a la acción sugestiva, al trasunto edificante, al modelo para robustecer una raza.

Algunos merítisimos novelistas americanos han ensayado la novela de tesis, sustentadora de diversas doctrinas.

De Buenos Aires llegó una novela que apoya el principio de liberación humana. Se valió del cuento de dos individuos: un médico y un ex empleado que cambiaron de nombre y vivieron dos vidas, que hincaron la liberación humana. Se valió del cuento de los individuos: un médico y un que da un puntapié a las preocupaciones sociales está bien definido.

Si no me hubiera propuesto —para ahorrarme reclamos y quizá gratuitos ataques— omitir nombres de autores y libros, con gusto citaría al novelista a quien ligeramente aludo.

Hablo en estas líneas de las raíces de la novela americana, o más propiamente, de que eche raíces en este suelo, con selecta y propia semilla, de modo que crezca la novela como un árbol frondoso. Sigán en su labor, extensa y difícil, los afanosos cultivadores de la planta americana.

En múltiples ocasiones me he ocupado de no pocos paladines de la novela nuestra, de los más representativos y de los que empiezan con lozanía a ascender a la cumbre literaria, honrando al género.

Si dirigimos la mirada investigadora hacia las cumbres andinas o las pampas infinitas, si tratamos de inquirir la espesura misteriosa, hallaremos novelas que por su simbolismo y corrección, por la realidad que encierran, por la curiosidad que despiertan, son modelo de belleza y de iconografía, ya no únicamente literaria, sino social, acentuadora del hálito libérrimo que ha de purificar estas comarcas.

Esas novelas epónimas, llamémoslas así, han conseguido la atención de Europa, desde los tiempos en que se describían, a la manera de Chateaubriand, dramas entre las selvas; se pormenorizaban románticos idillos, como oasis en el desierto de la ignorancia campesina y la indiferencia rural; se apuntaban elegías estudiantiles en la soledad de la campiña; se catalogaban dolorosamente barbaries en la lejanía fo; restal donde la ley no impera y la consecución de la codiciada goma, de esta básica sustancia de la industria moderna, la manicoba, el caucho, la balata, impulsaba al crimen horripilante y sin castigo; se contrastaban las salvajes bravuras del llanero con la sorda lidia del pobrete y del cesante confinados en estériles aldeas, que salen a puertos comerciales, trazando amargas odiseas y desesperadas conquistas del pan cotidiano, etc.

Se ha construido, con piedras de sillería o con frágiles adobes, algo así como la epopeya de las olvidadas regiones y de sus sacrificados moradores, con el resaltamiento de inicuas explotaciones y de inverosímiles costumbres. Se ha puesto gráficamente de relieve el modo de vivir del pueblo, de gamonales y caciques, de siervos y gañanes.

Se ha planteado valientemente lo que ha de ser la plasticidad del cuento, desnudo quizá, pero artístico, cáustico, de admonitorio acicate.

Y así han surgido llaneros y gauchos, rudos habitantes de la meseta andina o de los valles calientes ecuatoriales, de las densas poblaciones mexicanas o de los pagos uruguayos y de las riberas de los ríos brasileños.

Las faenas del campo, arduas y típicas, están viviendo en páginas de belleza tangible, como esculturas que la palabra burila.

El estilo ha quedado a flote, con toda su galanura y poesía. Los críticos están de acuerdo en que no existe obra alguna de arte que no sea simbólica y que talle su estilo con esmerado buril. Los libros magistrales son simbólicos: la Biblia, el Quijote, Fausto, muchos dramas de Shakespeare, la Divina Comedia, etc.

Traigamos algunos elementos de arte. "La comparación —observa Ulrich Leo— es añadidura y adorno estético dentro de la sustancia autónoma del poema; la alegoría es puente entre lo lógico y lo poético y tiene naturaleza racional; el símbolo brota del fondo de la existencia irracional y la abre a la expresión poética, salvándola casi de la prisión del silencio eterno. La comparación y con ella la metáfora es casi el traje gracioso o la capa majestuosa, que viste el objeto de la realidad, desapareciendo éste a veces bajo esta indumentaria. La alegoría es la personificación solemne de lo que como abstracto y sublime desdeña presentarse, si no es transfigurado; el símbolo es la evocación mágica de lo inefable e inaccesible en la vida del mundo y del alma con medios poéticos". Agrega que toda obra de arte verdadera no puede germinar sino en suelo de simbolismo. La fotografía de lo real se pone más de relieve, resuena más por la clara visión, fiel y admirable; hace, por la magia de la poesía, "sonar la oculta música de las cosas".

¡Qué asombrosas novelas de musical estilo, algunas de las que confinan con el verso! ¡Armonía de las narraciones cautivantes, de

parecido absoluto, transmitidas al lector en frases de ejemplar corrección, sin apartarse por eso de la humanidad que difunden, la naturaleza que retratan, la realidad de las imágenes; sin que la sinfonía del verbo las debilite un punto!

El mundo interior, la psicología de las novelas, en nada desmerecen, si la poesía vernácula, la oración elegante, las toman por su cuenta. No se opone el arte ni a las pinceladas del infierno verde, ni a los dramas oscuros del trópico, ni al horror tiránico de los dictadorzuelos que algunas ocasiones ha producido América, en la que, como en Venezuela, se han visto envueltos en el drama inteligentes e indefensos jóvenes estudiantes, ni a las feroces guerras entre blancos y colorados, entre liberales y conservadores, entre derechistas e izquierdistas y otros *istas*, cual en las campañas aztecas, y en las de caudillos después del porfirismo.

La tiranía de Rosas revive, como la de Francia y López.

Tampoco el prosaísmo, la angustiosa técnica del psicoanálisis están en pugna con la tersura de las oraciones que ilustran y ennoblecen la lengua castellana.

Lo expuesto no tiende, ni por un momento, a la supresión de voces criollas, términos típicos, frases pintorescas, vocabulario americanista, lenguaje propio de cada región; pero el toque está en la medida con que se emplean. Los estudios folklóricos son de trascendental importancia. Con todo, no por el prurito de avivar el marco, se han de multiplicar sistemáticamente clisés que llegan a fastidiar, descontando la vulgaridad y el desconocimiento que encierran. La apología de la decencia será siempre más limpia y duradera que el fiemo y la grosería.

Si el artista no olvida que en la novela, retazo de vida, entra un poquillo de poesía, habrá coronado su obra bella, que en nada altera la verdad de su fondo.

Si el corazón humano sale de sus profundidades como en la eterna dualidad cervantina, no por esto se han de suprimir los pasajes en los que la poesía brota de recónditos manantiales. Junto al miedo cerval y sanchopancesco de la aventura de los batanes y de las nocturnas escenas de Maritornes, ¡cuánta hermosura en cien episodios y mil párrafos!...

Palpita fresca originalidad en la novela americana. Ha creado personajes que están dando la vuelta al mundo. Por unas pocas imitaciones o transcripciones exóticas, la mayor parte del material es propio. Figuras podría citar que parecen talladas en bronce. Su auténtica modelación las perpetúa en el arte y en la existencia americanos.

Pero la mina está íntegra todavía, no obstante la activa explotación continental. La novela americana ostentará sus riquezas, a medida que la comprensión popular la estimule física y moralmente.

Poco a poco ha de cobrar más hondura, de manera que las lecciones sociales viertan lo suyo, las hábiles enseñanzas sean el magnífico bordado de la obra, y la filosofía resalte como sutil corolario de la exposición, por descarnada que fuese.

No está lejano el día en que América se ufane de la posesión de una como Biblia novelística.

La planta ha echado raíces. Sus tallos son robustos. Subirán hasta la altura agobiados de sabrosos frutos.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO,
Quito (Ecuador), 1940.

N. B. Intencionalmente se han suprimido las notas, en obsequio de la brevedad. Los lectores que conocen estos asuntos las hallarán muy transparentes, aborrándome así la fatigosa tarea.